

Extrañas

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Patricia Esteban Erlés, *Extrañas*
Primera edición: noviembre de 2026

ISBN: 978-84-8393-389-3
Depósito legal: M-19040-2026
THEMA: FYB

© Patricia Esteban Erlés, 2026
Representada por la Agencia Literaria Dos Passos
© De la fotografía de cubierta: Eugenio Recuenco, 2026
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2026

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Patricia Esteban Erlés

Extrañas



ÍNDICE

La escritora	11
La madre	29
La intrusa	53
La solterona.	75
La cocinera	83
La niña	95
La amiga	119

*Soy la que soy.
Casualidad inconcebible
como todas las casualidades.*

Wisława SZYMBORSKA, «Una del montón»

*Y rodé en la hierba y escupí el gas
Y encendí una cerilla y el vacío se encendió.*

Patti SMITH, «Kimberly»

LA ESCRITORA

*Para David Roas,
hermano oscuro
a la par que highsmithiano.*

ESTIMADO SEÑOR PAPÁ:

Tal vez le gustaría saber unas cuantas cosas de las que no ha tenido noticia, dadas las actuales circunstancias. Ahí va la primera: en su papel estelar de viuda del año, Mamá encargó ayer tal cantidad de rosas blancas que en la floristería hicieron corto de existencias. No hubo manera de convencerla, pese a que al otro lado del teléfono una voz solícita le ofrecía completar el pedido con gladiolos y fresias. Se mostró inflexible al respecto. «Ni hablar. Le he dicho que solo rosas. Blancas». Total, que hubo que telefonear deprisa y corriendo a varios viveros de la zona y montar un eficiente dispositivo a fin de que pudieran confeccionarse todos esos ramos y coronas que hubieran ganado el primer premio en cualquier concurso de belleza funeraria. Ya la conoce: Mamá actúa así, como la secretaria perfecta de

su esposo, incluso aunque este, o sea, usted, haya muerto. Siempre practica su filosofía de que la forma lo es todo y no iba a permitir que faltaran las flores, muchas y rotundamente blancas, en un día como el de hoy.

Por supuesto, antes de perpetrar tan implacable rosicidio Mamá ya había escogido el único ataúd de caoba disponible en el catálogo que un empleado de la funeraria desplegó sobre la mesa en la salita anexa, un par de horas después de que nos anunciaran el óbito. Era aún muy temprano cuando cogimos un taxi para regresar al chalet, tras casi tres semanas de auténtica pesadilla. Un hospital, por más que intente pasar desapercibido bajo la apariencia de una moderna clínica privada, nunca deja de ser una película protagonizada por vivos mal disfrazados de zombis que te amordaza en tu silla de acompañante forzoso. Mamá tenía los ojos secos y durante el trayecto se aferró a la bolsa que contenía sus zapatillas de cuadros y el batín azul marino que usted no tuvo ocasión de estrenar porque nunca llegó a recuperarse del infarto ni pudo salir a celebrarlo dando una breve vuelta de superviviente por el pasillo.

Yo sabía que teníamos por delante un día muy largo. Estaba cansada, sí, pero también secretamente eufórica, como si gracias a su inesperado mutis por el foro las dos estuviéramos a punto de salir a disfrutar unas vacaciones vitalicias.

Preparé café y metí un poco de pan reseco en la tostadora. Mamá no me hacía ni caso. Estaba concentrando todas sus energías en los preparativos pendientes: se puso las gafas de metal dorado con las que no permite que nadie más que yo la vea, y marcó el número de su peluquería para que vinieran a casa a aplicarle, con carácter de urgencia, el baño de color plata que había tenido que retrasar debido

a su angustiosa y muy prolongada agonía. Acto seguido comenzó a anotar en una libretita el sinfín de cosas que era imprescindible hacer «dadas las circunstancias», el nombre de cada persona a la que había que avisar y todas las recomendaciones que le fueron dando sus amigas viudas respecto a las cuestiones logísticas. Cuando terminé de secar las tazas, Mamá seguía allí, encorvada sobre la mesa, cabeceando con el ceño fruncido mientras alguien de su comité de expertas la asesoraba en la redacción de la es-
quela del periódico, así que decidí aprovechar el momento para salir a comprar el vestido negro perfecto. No soy muy presumida ni mucho menos gastadora, pero la verdad es que me apetecía estrenar algo y estábamos en periodo de rebajas. La ocasión lo merecía. Al fin y al cabo, usted no volverá a morirse nunca más.

No niego que era un hombre bueno, tan bueno con Mamá y conmigo que resultaba siniestro. Aún puedo verlo, entrando esa mañana de sábado en el minúsculo apartamento de una habitación donde vivíamos, con la cabeza inclinada hacia adelante, como si un ogro gentil tratara de colarse en una casa de muñecas. Era altísimo y además llevaba un traje oscuro y corbata: la ropa más adecuada para sobrecoger a una niña que no estaba acostumbrada a ver hombres más allá de los que veía caminar por las calles con una mirada ausente de animal de zoológico. Para disimular sus aviesas intenciones, venía con un libro bajo el brazo. Muy orgullosa, Mamá le había contado que yo leía desde el verano anterior, cuando empecé a gritar desquiciada los nombres de las tiendas y los anuncios de neón del barrio, igual que si acabara de inventarme no solo la palabra, sino cada lugar que se ponía a tiro. Por entonces ya se había apoderado de

mí una fiebre que no he dejado de experimentar hasta el día de hoy. Los personajes dejaban de estar escondidos en las páginas de los primeros cuentos, que pronto se convirtieron en tomos sin dibujos. Los protagonistas de cada historia se desperezaban, se alzaban majestuosos, envueltos en una tibia luz. Cuando Mamá se sentaba en la cama, ya perfumada y con los zapatos puestos, lista para salir, las desgracias de cada héroe, sus proezas, borraban de un soplo la vida real. Ese era el milagro, la suspensión total del mundo que me rodeaba, de la cama solitaria en la que me acostaba y el aroma nocturno de mi madre. También de la amargura que llegaba siempre, apenas unos minutos después, cuando se apagaba la luz, cerraba la puerta tras de sí y me dejaba sola hasta la madrugada.

Sí, recuerdo aún esa edición para niños ilustrada, carísima, de *Las mil y una noches*, con la que intentó sobornarme. Usted trajo el cebo más brillante de todos y yo miré con ojos hambrientos las tapas azul noche y las letras de pan de oro, sin rebajarme a pedirselo. Nosotras no teníamos casi nada, mucho menos libros en propiedad. De hecho, unos minutos antes de su visita Mamá había cubierto de telas y cojines descoloridos el colchón sobre el que dormíamos las dos, con la esperanza de que usted no se diera cuenta de que *nuestra* cama quedaba justo en medio de la irrisoria cocina que ni siquiera tenía puerta y un desvencijado sillón orejero que habíamos rescatado de la basura y nunca dejó de oler raro. Ese miserable estudio en la calle del Caballo era mi mundo. Me había acostumbrado a los suelos de linóleo verde, al grifo que goteaba con una pena intensa, al ventilador de plástico, que luchaba en vano contra el calor insoportable de un piso tan alto. En invierno Mamá y yo

nos arrebujábamos bajo una manta grande a la que llamábamos Oso. Más que un piso, aquel lugar era una habitación estrafalaria que lo mismo servía para comer, leer o dormir. También era y sigue siendo el sitio que más he echado de menos cada día de mi vida desde que nos mudamos a su impresionante chalet en Garrapinillos.

«¿Te gusta? Es para ti».

Me quedé dudando un segundo, porque no debe cogerse nada que te ofrezca un extraño, aunque en ese momento yo deseaba con todo mi corazón arrancarle de las manos el libro.

«Gracias, señor Papá».

Sus risas, la suya, la de Mamá, sonaron cómplices al mismo tiempo, entrelazadas, formando dos bandos, trazando una línea de tiza de ahí en adelante. Dejándome sola por primera vez, con mi dignidad hecha añicos.

Volviendo a lo de hoy. Un par de sus colegas, amigos de la facultad, han perpetrado sendos obituarios imperdonablemente largos y exentos de gracia durante la misa. Al término de la ceremonia Mamá y yo nos hemos plantado en la puerta principal de la capilla. Allí hemos ido abrazando, ella, y dando la mano, yo, a los vecinos, amigos y familiares más o menos lejanos que guardaban fila. Muchos han aprovechado la ocasión para recordarme, circunspectos, que ahora debía cuidar a Mamá más que nunca.

Solas, al fin, hemos recorrido el pasillo central de la parte nueva del cementerio cogidas del brazo, camino de la Sala del Adiós. Mamá, envuelta en el suntuoso abrigo de lana color cáscara de huevo con grandes solapas, también parecía, a su manera, una impecable rosa blanca. Intuyendo que todos, incluida yo, íbamos a elegir el negro como op-